

Acad. II  
Exp. 124

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

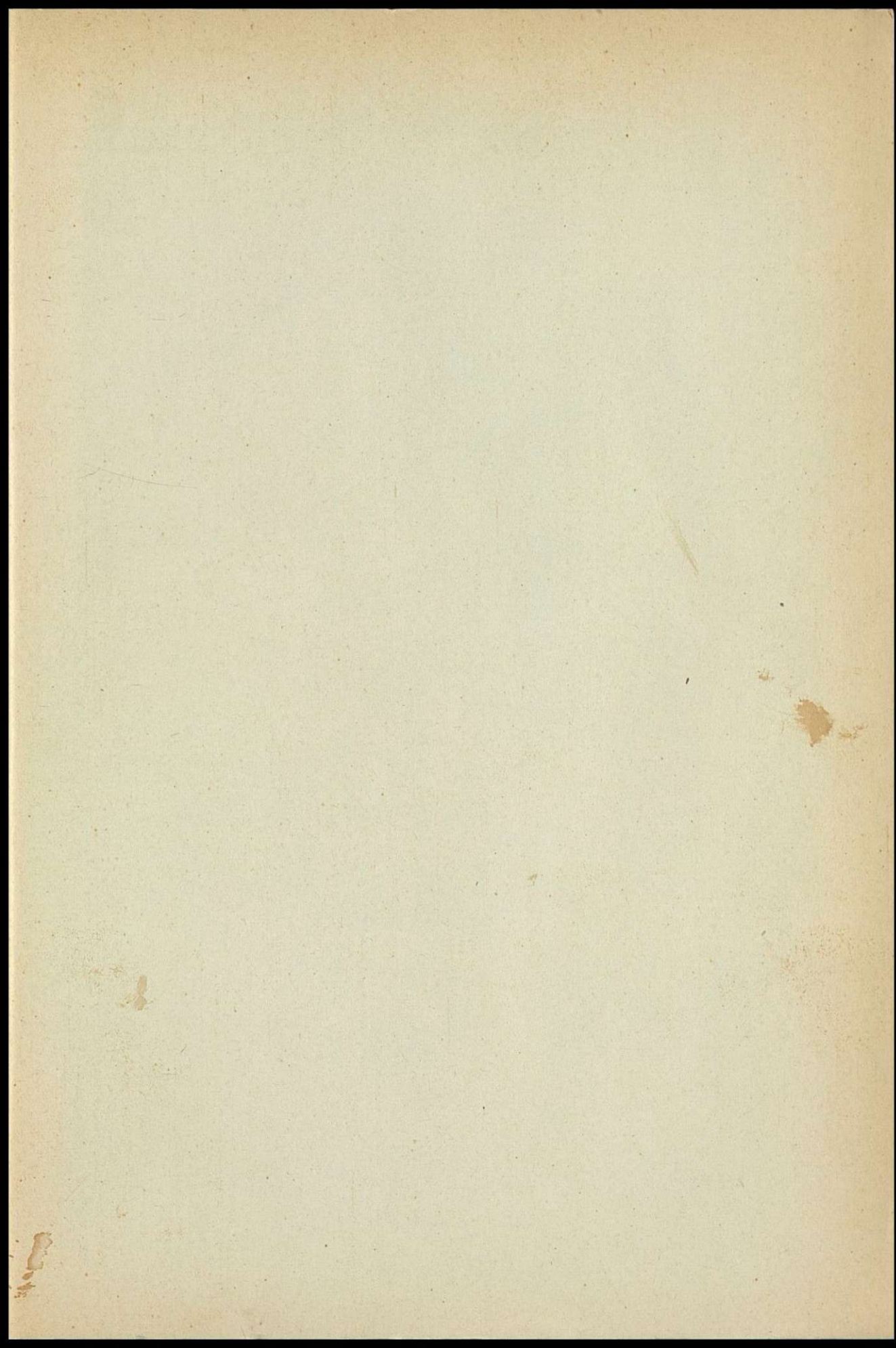
DE

**D. RAMÓN CABANILLAS ENRÍQUEZ**

EL DÍA 26 DE MAYO DE 1929

---

MONDARIZ-BALNEARIO  
Imprenta del Establecimiento «Hijos de Peinador»



R 40788



# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

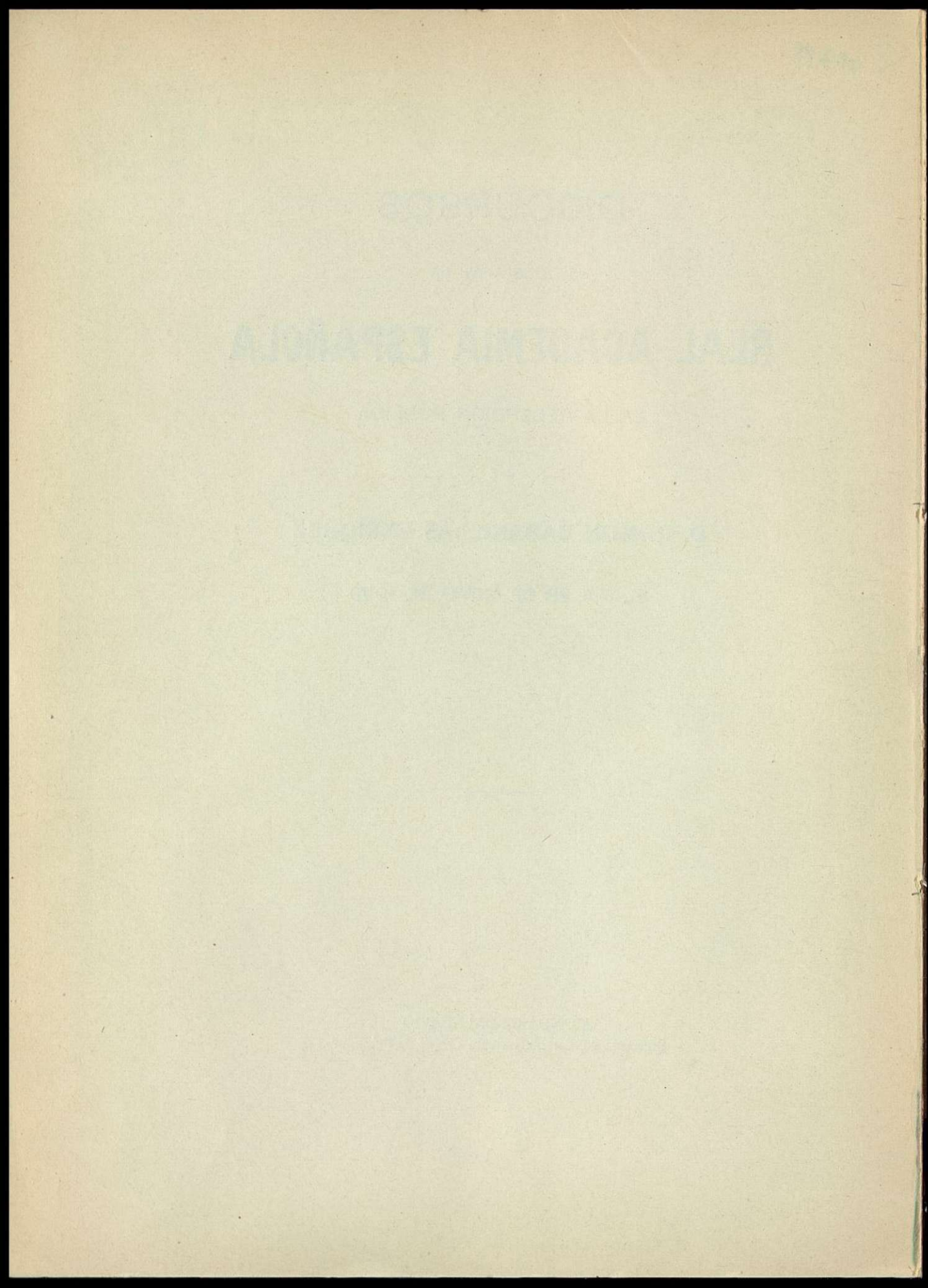
DE

**D. RAMÓN CABANILLAS ENRÍQUEZ**

EL DÍA 26 DE MAYO DE 1929

---

MONDARIZ-BALNEARIO  
Imprenta del Establecimiento «Hijos de Peinador»

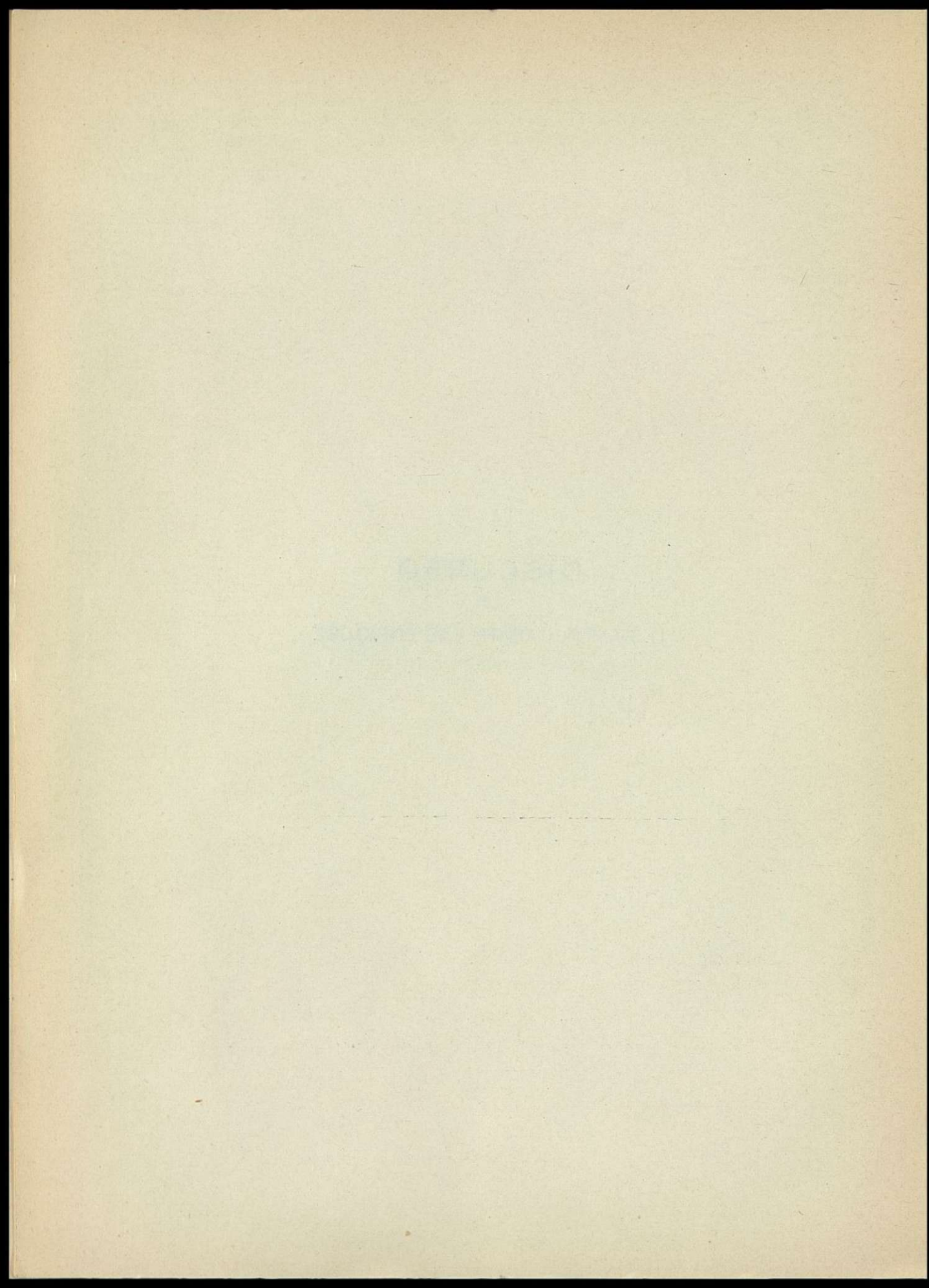


DISCURSO

DE

D. RAMÓN CABANILLAS ENRÍQUEZ

ELECTO PARA LA SECCIÓN DE LENGUA GALLEGA



SEÑORES ACADÉMICOS :

Exento el ánimo de toda aspiración a honorífico renombre, ciertamente no envidiado ni envidioso, en el retiro provinciano donde nací y donde en apacible penumbra transcurrieron mis días, con breves intervalos concedidos al invencible anhelo de seguir al sol en su carrera,—acusada característica racial de los hijos de la costa atlántica—, jamás soñara con el galardón que me otorgasteis al elevarme hasta vosotros, obligándome a tan afectiva y perdurable gratitud que mi insuficiencia literaria y la pobreza de mis expresiones intentaría en vano vestirle las galas con que la dotó mi deseo y mostrarla en lozanía, tal como vive fuerte y hondamente enraizada en mi corazón.

Ligado llega este honor, para acendrarlo, a un íntimo sentimiento que ha sido su causa por serlo también de mi humilde labor poética: el amor al idioma regional que he libado, balbuceante, en los labios maternos, la devoción a la dulce y melodiosa lengua gallega, común a nuestros antepasados en los albores de las nacionalidades ibéricas, cantera

inagotable de la que han sido arrancados los más bellos y robustos sillares con que se alzó el maravilloso alcázar de la lengua española y que, por siglos todavía, prestará sus graníticos bloques para acrecer su grandiosidad y su hermosura, pulidos y ajustados, tras serena y paciente labor, por los óptimos artífices de esta gloriosa Corporación que, con bondad no igualada en ninguna ocasión precedente, han tenido el rasgo singular de invitarme a compartir la delicada y honrosa tarea, sin que a ello fuera obstáculo la incompetencia del trabajador oscuro, a quien permitireis se cubra, para callar su agradecimiento, con el broquel de natural modestia no estudiada, que cuando es pura y a todos patente ha de vivir recóndita, en silencio y recato, sin encomios ni insistencias que empañen su albura.

Compelido a presentarme ante vosotros respondiendo al magnánimo llamamiento, irresoluto ante el arduo empeño, temeroso por desnudo de méritos y escaso de aptitud, acógime a sagrado, que tanto monta la evocación, para ocultar mi levedad, de la sombra venerada de un glorioso cantor de mi tierra, Eduardo Pondal, único tal vez por el aliento y la manera en la poesía peninsular y que con la excelsa autora de *Follas Novas* y el poeta esclarecido de *A Virxe do Cristal*, —brillante y delicadamente estudiados en actos análogos al que se celebra, por Don Augusto González-Besada, de llorado recuerdo, y el insigne escritor Don Manuel Linares Rivas—, integra el grupo trino a que principalmente se debe el actual florecimiento de la literatura gallega.

Unido a la admiración por la labor genial del bardo egregio, con agravio de la justicia más de una vez olvidado en



recopilaciones y ensayos que alcanzan su época, latía en mí particular reconocimiento a quien llenó de sugerentes visiones las horas juveniles en que comenzaron a aprisionarme los encantos y arrobos de la emoción poética. Ello me impulsó, sin dubitaciones, el tema del reglamentario discurso de presentación ante vosotros: *un somero recuerdo de la vida y obra de Eduardo Pondal*.

Mediaba el pasado siglo, el calumniado siglo XIX, vehemente y generoso, pintoresco y vibrante, al que es justo reconocer el aportamiento de un gran entusiasmo histórico y una atención cordial a todas las voces apasionadas, cuando el romanticismo irrumpió en tierras de Galicia, unido al deseo de liberación de la gleba y de conquista de los derechos democráticos. Su aparición la señala un acto trascendental celebrado en Santiago el primer domingo de Marzo de 1856. Los alumnos universitarios y los obreros de la vetusta ciudad se reúnen en ágape fraternal, orillas del Sar, bajo los robles seculares del monasterio de Conjo cubiertos de brotes primaverales, para sellar sus devociones por las ideas de emancipación y libertad. Enamorados del naciente ideal político y portavoces del movimiento literario, hermanados por afinidades de sentimiento, son los héroes de la jornada dos jóvenes estudiantes que el talento y una efusiva cordialidad destaca y prestigia entre aquella bulliciosa y ardida mocedad escolar, animada por cierto viento de fronda: Aurelio Aguirre,

—vate de sensibilidad exquisita que los dioses llamaron a sí en edad prematura, exaltado con íntimo y nostálgico dolor por el gran periodista que fué Alfredo Vicenti, en quien vivió perenne el recuerdo del ósculo que el poeta dejó en su frente de niño—, y Eduardo Pondal,—ya nimbado por el fulgor de sus estrofas viriles y, por ellas, envuelto en resonancias del aplauso popular—, que en aquella ocasión memorable creían cimentar un partido, cuando en realidad sus canciones y sus brindis fijaron los hitos de un renacimiento poético. Aclararemos, sin embargo, que no se escapó a la fina percepción de Pondal lo efímero y circunstancial del entusiasmo político de los congregados: cuando alza su voz y los emplaza para soportar juntos, el día de la lucha, los duros trabajos que el ánimo ennoblecen, apunta el temor de que vacías las copas, mustias las guirnaldas, apagado el alborozo del banquete, las promesas de fidelidad al nuevo credo sean soterradas por el olvido.

Contaba el poeta, a la sazón, veintiún años y estaba matriculado en el segundo curso de Medicina. Al iniciarse su educación, en la rectoral campesina de Vilela de Nemiña, separada de la casa paterna por agrestes senderos que cruzaba a diario, aficionándose para siempre a aquella tierra hosca y lunar, recibiera con visible fruto lecciones de latín, teniendo por compañeros de pasantía veintidós mocitos de cuerpo lanzal y tan libres como los cuervos del cabo Touriñán, cuyos nombres recuerda emocionado en una composición conmovedora por su ternura, y en el año académico de 1853-54 asistiera con especial dedicación a la clase de lengua griega, obteniendo la nota de sobresaliente; estudios que

demuestran su preparación para las lides literarias y justifican la cultura clásica que convienen en asignarle el gran historiador gallego Don Manuel Murguía, la ilustre Condesa de Pardo-Bazán, que repetidamente dedicó a su obra notables estudios encomiásticos, y el joven escritor Don Fermín Bouza Brey en meritísima comunicación acerca de la formación literaria del poeta, presentada al Seminario de Estudios Gallegos.

Por este tiempo, mancebo galano, de linaje distinguido, admirado por el pueblo, pagó debido tributo al amor y a la política. De la amada solamente ha llegado a nosotros, aparte las rosas poéticas deshojadas en ofrenda a su belleza, un contradictorio dato biográfico: la composición titulada *Recuerdos*, escrita hacia 1850, acaso la primera de sus producciones, testifica que «en Helenes la dulce nació», mas, contradiciendo esta aseveración, los vientos de la tierra de Xallas, interrogados por él sobre sus pensamientos de mozo al atravesar silencioso y pensativo las gándaras en soledad, le contestan armoniosos:

«Sempre ibas pensando n'ela,  
N'aquela doce rapaza  
Q'era filla de Santiago,  
Branca, garrida e fidalga.»

De su intervención en la causa pública quedan breves y vibrantes composiciones que, tal el celebrado brindis de Conjo, abundan en cálidas adhesiones y fervorosos ofrecimientos para el logro de las aspiraciones populares. Si el afecto

amoroso perduró largos años en su memoria, influyendo acaso en su vida de célibe atribuida a contrariados propósitos, la pasión política, templados los ardores juveniles, fué amortiguándose, para dejar tan sólo, firme y depurada, su devoción a la libertad, palabra que los hombres de su época escribían con letra mayúscula.

En lengua castellana, que domina con soltura y acierto, están escritas sus producciones de estos años universitarios y de ellas merecen laudatoria mención la *Oda al mar Cántabro*, de alta sonoridad, y *El sueño de primavera*, anacreóntica en que Pondal ruega a la parlera golondrina, «del rey Tereo esposa, desterrada del Ática», no turbe de la amada el sueño, alcanzando, a juicio de su preclaro panegirista, el citado Murguía, la claridad, la luz, el rápido movimiento, la sobriedad y la gracia del poeta griego.

Silencioso y meditativo por temperamento, la inquieta etapa estudiantil no apagó la llama votiva que rendida devoción a la aldea natal encendiera en su pecho, y mediado el año 1860, licenciado en Medicina, torna a la casa solariega, morada de sus mayores, vecina del viejo puente romano tendido de orilla a orilla en la desembocadura del río Anllóns, donde con olvido del título universitario y dedicación constante a las letras discurrirán los más de los años de su dilatada vida, enamorado de aquel atrayente país brigantino, asiento de la más pura tribu céltica, frente a la grandiosidad de aquella costa brava, solitaria y bramadora, en que ponen sus oros los arenales de Laje y sus esmeraldas los pinares de Tella. ¡Gándaras de Carboeiro, verdegayas praderías del valle de Brantuas, garrido castro Nemenzo, cumbres de Fe-

rreira y Gomariz, robles de Dormeá abrazados por las hiedras, aguas en hervor del Langüelle despeñado, escondido y reidor regato de Belouride, hidalga y evocadora torre de Traba... los lugares amados están ante sus ojos! ¡Allí los tiernos afectos familiares, y allí, en la heredad paterna, el pequeño jardín de cerezos florecidos, rumoroso de ajeteo de palomas, donde plantan sus manos, recuerdo de las recientes glorias españolas en tierra africana, una palmera que más feliz que la del bardo germánico no tiene que llorar la ausencia del pino norteño!

Abierto el corazón a las dulces emociones del regreso, escribe su primera poesía gallega, *A Campana de Anllóns*, la más famosa de sus producciones, publicada en el «Album de la Caridad» que recogió los trabajos de los juegos florales celebrados en la Coruña el año 1861. A esta tiernísima composición fuéle concedido un alto valor simbólico: personificación del gallego emigrado por sumisiones y pobrezas y herido del mal de ausencia, un mozo de Bergantiños, cautivo en las prisiones de Orán, plañe su añoranza de los nativos campos, y a tiempo que

«...n'os grillóns da cadea  
levaba o compás co'a man»,

pide al bronce sonoro de la torre aldeana, enrojecida por el resplandor de las hogueras en la noche céltica de San Juan, cuente a deudos y amigos los dolores de su encierro, y ruega a la errante golondrina de los dilatados campos de Argel que si su vuelo la lleva al lejano país en que nació, una no-

che de lunar, abatidas las alas, se detenga en el campanario de Anllóns.

Pondal inicia en esta poesía una manera que habrá de ser característica de sus producciones más geniales. Voz que responde a una voz que no oímos, perdida acaso en la vaguedad de sus ensueños, continuación de un secreto coloquio, estela luminosa de sentimientos inefables, comienza así:

«E tí, campana d'Anllóns,  
Que vagamente tocando  
Derramas nos corazóns  
Un bálsamo triste e brando  
De pasadas ilusións...»

En la lobreguez de su prisión, el forzado sin ventura siente los aleteos del amor y alza el suave canto; ansía que la virgen campesina, arrobada un día al escuchar temblorosa sus oraciones de enamorado, conozca la fidelidad de su cariño:

«Diráslle que unha de ferro  
Arrastro rouca cadea,  
Castigo atroz do meu erro,  
E que dentro d'este encerro  
O seu amor me alumea.»

Pero el recuerdo del hogar y de la tierra nativa retorna avasallador, y la estrofa final, de feliz, sencilla e ingenua expresión, exhala una melancolía conmovedora, profundamente

emotiva, que a su hondura humana une un encanto racial incoercible:

«Ou, nai da miña vida,  
Adiós; adiós, meu pai;  
Prenda de min querida,  
Adiós, ou miña nai.  
Sombras dos meus avós,  
Rio da Ponte Cesó,  
Pinal de Tella espeso...  
Acordavos d'un preso  
Como él o fai de vos.  
Campana de Anllóns,  
Noites de luar,  
Lúa que te pos  
Detrás do pinar,  
Adiós...  
Adioos...  
Adiooos...»

Innumerables copias impresas y manuscritas y las fervorosas recitaciones de los estudiantes compostelanos, entre los que el poeta cuenta entusiastas admiradores, la difunden por toda Galicia. Durante cinco o seis lustros *A campana de Anllóns* fué la más popular de las composiciones poéticas escritas en el idioma de la región. En sus estrofas resuena todavía el toque de alba que anunció el renacimiento de la lírica gallega y, por su belleza, sea cual fuere la superación obtenida al correr de los tiempos, no podrá formarse una antología de la lengua en que no ocupe preeminente lugar.

Sin cultivo literario durante tres siglos, oculto e inmóvil en las páginas áureas de los Cancioneros, el idioma de Galicia, aunque ligado por fuertes trabazones de origen y por consistente unidad geográfica, hiciérase dialectal, desmenuzado de tal modo que pudiera temerse su muerte por absorción de la lengua del Estado o por fraccionamiento excesivo en que desapareciese toda aptitud cultural. Pero, en este momento, tras el brote prometedor que se advirtiera en algunas composiciones de Francisco Añón y de Alberto Camino, aparece la rosa en el zarzal, y a partir de *A Campana de Anllóns* comienza la labor admirable de fijación de la lengua literaria, obra esencial para la vida de un pueblo, realizada en Galicia con espiritual fervor y lograda principalmente al aportar Rosalía de Castro el léxico dulcemente eufónico, aunque muy castellanizado, de las riberas del Sar y del Sarela y de los valles más cercanos al mar, regados por el Ulla; Curros Enríquez el onomatopéyico, recio y viril de los campos orensanos, y Eduardo Pondal el neblinoso, rudo y evocador de la costa brava y la tierra de Xallas.

Acogido el poeta a la paz y embeleso de esa soledad agreste tan propicia a la exaltación del ánimo, que él juzgaba el sólo asilo digno de los bardos, y viviendo esa soledad espiritual en que germinan las ideas nobles, deambulador a quien no arredran ni ardores del estío ni cierzos invernales, vésele cruzar constantemente sombrizas «corredoiras» y empinados senderos y, con predilección, atalayar el brumoso horizonte de aquella costa de acantilados roqueros, oquedades y cavernas, en que ruge un viento preñado de ecos mi-



lenarios y se eleva la voz del mar, lejana, profunda, infatigable. De casa hidalga, abundosa de rentas y bienes vinculares, el bienestar de que goza le releva de combatir apremiantes imposiciones de la vida, y así pudo Murguía aseverar que no sólo plugo al cielo fuese poeta, sino que pudiese serlo.

Con el cultivo de la lengua vernácula,—y es observación vulgarizada que la razón que sustenta el idioma de un país es tan invencible como la de su fauna y de su flora—, alterna la lectura de los grandes clásicos. El examen de su biblioteca, minuciosamente realizado por Bouza Brey y del que dió cuenta en la indicada comunicación al Seminario de Estudios Gallegos, confirma que tiene por dioses mayores a Camóes, a Dante y a Taso, a quienes conoce y estudia en los originarios idiomas, y que entre los egregios autores directos están Virgilio, Plutarco, Milton, Bayron, Heine, Sakespeare, Leopardi, Hugo y Chateaubriand. La *Historia de las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, consultada sin duda para documentar el poema que fué tantos años labor y preocupación de su vida, es de las escasas obras en castellano que aparecen entre sus libros. Pero la transformación decisiva que ha de mostrarnos al águila en la plenitud de su vuelo, se realiza al conocer por la edición francesa de P. Chistian—1867—los poemas gaélicos atribuidos a Ossían por Macpherson. El pasado vuelve: en el alba gris de su raza céltica, se interna en los bosques sagrados, blande su lanza en los épicos combates, comanda las naves de conquista en las belicosas expediciones a lo largo de los mares del Norte, asiste a los banquetes de la victoria y escucha en éxtasis los adioses al sol y las religiosas invocaciones del plenilunio. Es

entonces que el poeta se encuentra a sí mismo y conoce su genealogía y su misión sobre la tierra. Él es el bardo Gundar,

«..... fillo de Ouco,  
fillo de Celt, de Rou fillo»;

el bardo de voz y acento nunca oídos, semejantes al rumor del viento en las altas copas del viejo pinar de Froxán, cantor de los nobles celtas de cuerpos bien cumplidos que sucumbieron por la patria en la roja tierra de Brigancia; y él tiene en su mano la hoz de oro de los sacerdotes druidas y cortará la madrágora fragante, a filo de la medianoche, cuando el roblestal esté envuelto en luz selénica.

Flotante el espíritu en misteriosas vaguedades, a partir de este feliz y maravilloso reencuentro toda su obra es un tenaz empeño de reconstrucción de un mundo desvanecido en la penumbra de pretéritas edades. La vida real y visible pasa sin que se digne fijar en ella la atención ni la mirada. Íntimo y constante es el coloquio con los viejos patriarcas, los héroes en ancianidad y los campeones gloriosos que moran en la isla Cimeriana y que tan propicios se muestran a sus evccaciones. Huyendo del trato falaz e inseguro de los humanos, anhela vivir libre en el seno esquivo de los peñascos de la costa, como las aves que venciendo las violentas ráfagas del viento del oeste ve cruzar desde el cabo Nerio, donde vaga la sombra augusta de Radamanto, en demanda de las islas Sisargas «seu noto reparo», dice el poeta con frase que tiene todo el prestigio y gustoso sabor de un hemistiquio de oda horaciana. ¡Y todo el pueblo de sus mayores aparece ante sus ojos deslum-

brados! ¡Y con Curban y Cairvar, los legendarios guerreros osiánicos, — a dólmenes y castros y cimas y hondanadas asignándoles un alma, una sensibilidad y un sentimiento—, halla a la fugitiva Rentar; Teimunde, el pastor; el hada Rou-riz, el hada buena del mirífico palacio; Tomil, el dulce arpista; la graciosa Ousinde; Folgar y Contemunde, esforzados luchadores, y aquella intrépida virgen Maroñas, diestra en el arco, que herida en el combate muere arrullada por las canciones del amado!

Tras la publicación de un pequeño libro que tituló *Rumores de los pinos*, colección de poesías en castellano y en gallego que, ya editada, juzgó deficiente y retiró de venta aunque obtuvo un gran éxito, en 1886 dió a las prensas su obra capital, *Queixumes dos pinos*, llena de un alto sentido de eternidad, en la que su inspiración bárdica alcanza cumbres de insospechada belleza. Sobria la construcción, el verbo solemne y evocador, a veces vagoroso y sibilino, osiánicos la concepción y los motivos, tiene la unidad de una epopeya y están de tal modo concertados el temperamento y el estilo, el fondo y la forma, que en la armonía resultante se advierte que es creación de un poeta genial. En la primera de las composiciones, él, el mozo campesino que con la agujada al hombro y conduciendo el carro aldeano camina una noche de luna dando a los aires mil oscuras añoranzas nacidas de un hondo y vago afán, vislumbra al pie del antiguo y verde castro, en masa informe, los guerreros de Breogán que en apretada falange de hierro se aprestan para la lucha. Esta visión le señala la misión romántica y patriótica de libertar y engrandecer su tie-

rra, sentimiento que alienta en los bardos célticos, depositarios de una ciencia sagrada, intérpretes de los anhelos e indicadores de las rutas abiertas en lo ignoto. Y esta creencia y este sentimiento de su jerarquía de conductor del pueblo está desprovista de orgullo y brota de un purísimo y oculto sentido religioso, porque su labor estética mana de fuentes de la subconsciencia y su percepción de lo futuro es intuitiva, no producto del estudio, siquiera influya, para fijarla, su peculiar concepción de la Historia.

El conocimiento de los altos destinos reservados a la raza es, también, el que determina su ardiente iberismo, profesado con singular constancia. La poesía dedicada al insigne patrio Don José de Carvajal propugna la fusión de los pueblos peninsulares y dice que la voluntad homérica y los férreos propósitos de hacer buenos y libres los pechos españoles no se cumplen solamente dentro de los límites estrechos de la patria desmedrada, sino ayudando a los que, sedientos de glorioso porvenir, llevan en la entraña el mismo sentimiento racial, comparten con nosotros el ibérico territorio y son nuestros iguales en el sonoro acento, en los hechos hazafiosos y en el bogar lejano; y la altísima invocación a los pinos,

—«Qué din os rumorosos  
Da costa verdecete  
Ó raio trasparente  
Do prácido luar?...»—,

en la que se inspiró el maestro Pascual Veiga para compo-

ner la música del himno regional, insta que Galicia tienda los brazos amigos a la noble Lusitania. Su fe en el advenimiento de los claros días de la reconstrucción soñada es inquebrantable y su voz conmina a las madres gallegas para que mezan a sus hijos al son de cantos osados, gestadores de las altas empresas, y les repitan la profecía del bardo Gundar:

¡A luz virá para a caduca Iberia  
dos fillos de Breogán!

En su augural sentir realizarán el ansiado cometido las gentes de la tribu que abandonaron las nativas tiendas, los aguerridos emigrados del clan, numerosos como las arenas de las playas de Barrañán y de Niñóns, que pueblan, dispersos, la espaciosa América, a quien siempre llama Colombia, atacando la injusticia cometida al nominarla. ¡Entre las tupidas brumas del pasado — exclama — y la futura edad dichosa, cuántas cosas nobles veo que cumplirá la generosa estirpe de los que abren el blando seno de la tierra maternal en los célticos agros y de los que, «píllaras» vagabundas de la ribera del mar, se alejaron en bandadas! ¡Oh, cuánta luz, raza de Breogán, veo salir de tí, como suelen, rasgando la neblina, los largos cuernos luminosos del faro del cabo Ougal, indicadores de rumbo cierto a los intrépidos navegantes!

Este divino anhelo pondaliano, melancólico y purísimo sentimiento saudoso, lo apoyan, —y queda indicado repetidamente—, acariciadas visiones de tiempos lejanos. Con patética amargura expresan esta vagorosa añoranza catorce octosílabos que, aislados de la composición en que ruega al salvaje y amigo valle de Brantoa sepulcro desconocido a modo

de los celtas, se juzgarían inspiración de la musa doliente de la inmortal Rosalía:

«N'é a vellez a que causa  
o fondo dolor que sinto,  
pois que son de tempo voso,  
carballos de Carballido:  
suidades de non sei qué,  
recordos quezáis do espírito,  
d'algunha perdida patria  
ou d'antigo ben perdido,  
n'esta peregrinación  
miña, van sempre comigo;  
e son os meus compañeiros  
no trabaloso camiño,  
suspiros por non sei quén,  
e por non sei qué, suspiros.

La suave ilusión de la inmortalidad, señalada como consustancial a la raza céltica, dora sus sueños. En las poesías en que el pensamiento traspasa los linderos de la vida pone por encima de todo su gloria de poeta y el ansia de que su nombre perdure. Y lo mismo al desear la muerte de los héroes, cubierto de hierro, embrazado el escudo y en alto la lanza, — ya que la nota esclarecida se alcanza cayendo con fragor como cayó el valeroso Brásidas—, que al pedir el sayal franciscano como mortaja,—pues aunque humilde no nació, humilde tumba le dará reposo—, cifra su esperanza en dejar tras sí una estela radiosa. Una poesía inédita, fechada en Enero del 92, resume su aspiración:



«Sepultade, piadosos,  
o Bardo dos gaélicos destinos  
entre os dereitos troncos cortizosos  
de esbelto grupo de soantes pinos,  
nos eidos saudosos  
que habitaron os celtas brigantinos.  
Que diga o camiñante  
que alí dirixa os pasos pelegrinos:  
¡Éste cantóu con voz armoniosa  
de Breogán a raza xenerosa!»

Y, hallada entre sus notas y apuntes, se guarda una cuartilla en que su mano temblorosa escribió esta lamentación de Dante: «Temo no existir en la memoria de los hombres para quienes mis tiempos serán los tiempos antiguos.»

Publicado *Queixumes dos pinos*, que Galicia recibió emocionada e influyó de manera importante en el movimiento regionalista que por aquellos años conmovió al país, lanzando a las letras y a la política una juventud ardorosa, todavía el arpa pondaliana de oro y hierro animó la hueste en combate; pero ya más duro empeño acuciaba al poeta: hasta el fin de sus días, la Allónide gentil y leda, hija del patrio río, irá dictándole las graves y rotundas octavas reales del poema soñado desde su juventud, relato de las innúmeras vicisitudes de los «Eoas»,—hijos de la Aurora y portadores de la Luz—, a quienes ha sido encomendada una misión providencial sobre las aguas del mar Tenebroso. La génesis de este poema, del que vivió obseso sus últimos años, está sin

duda en una composición de su comentado libro: a la manera—dice—que el fulgente Sirio centellea en la noche profunda, llevo una luz en el fondo de mi alma; ella me indica cuán alto es mi origen y espolea y obliga mi fantasía a marchar en pos de algo grande e ignoto; ella me compele a cantar los afanes gloriosos de los hijos del desierto y los esforzados pechos ibéricos que con el auxilio de la Fe cruzaron los espaciosos campos del océano.

Propónese el bardo en *Os Eoas* demostrar que el descubrimiento y conquista de América es obra, por preparación espiritual colectiva, del pueblo peninsular; y por lo que se conoce de la magna composición, misteriosas fuerzas y poderosos seres irreales, ya creación de su fantasía, ya transportados de las mansiones mitológicas, actúan en ella, sin que ocupen la escena, más que con papel secundario, los personajes a que la Historia atribuye la gesta gloriosa. Vario y a todo color, la solemnidad épica del poema no excluye los cantos y descripciones episódicos. Ejemplo de la fluidez y donaire de la expresión en un motivo de cierta sensualidad, son las dos octavas en que describe la persecución de una ninfa por un marinero de las carabelas, explorador de las frondas tropicales:

«Mil cousas tenras íalle decindo  
o ardente mozo para que agardase  
e lle tornase un pouco o rostro lindo  
e o rigor do destino lle calmase,  
mais a ninfa xentil ía fuxindo  
cal si fero nemigo a medrentase;



non c-unha gracia tal Dafne fuxía  
do fillo de Latona que a seguía.

Da graciosa mañán sopraba o vento  
e leváballe as faldras delicadas,  
e c-o raudo e xeitoso movemento  
ía mostrando as formas namoradas,  
mais o ardente, ousado pensamento  
penetraba nas partes non mostradas  
e o vagoroso, feito lume, pede  
apagar o rigor da amante sede.»

Por desventura, las numerosas estrofas que el poeta dejó escritas en pequeñas cuartillas, sin marca de continuidad, hacen lenta y difícil su coordinación; labor esta que con plausible celo intenta la Real Academia Gallega, por lo que significa para acrecimiento del tesoro lingüístico y literario de la región y por afectuoso reconocimiento al que fué, desde su creación, preclaro individuo de la comunidad y le donó, al morir, sus manuscritos.

De rudeza y parquedad agrestes, el léxico de Pondal,— como sus giros y modismos, merecedores de exegético estudio por su elevado valor sintáctico—, tiene una cautivante belleza y una sonoridad conmovedora. A repetir la lectura obliga en ocasiones, pero nadie le iguala en el empleo del vocablo sugerente y, a pesar de la vaguedad y aun oscuridad de la expresión, en dar vida fulgurante a las sombras evocadas. Cuando su voz lamenta el olvido de los días de creación de la patria y vierte en las almas como suave néctar

confortador el sentimiento de la saudade, digérase un dios olímpico que se hace visible en un desgarró del nuboso cielo gallego y baja a la tierra por amor a los heroicos antepasados que dejaron sus huellas en las fragas temerosas y las gándaras esquivas. Grave, armonioso, lleno de majestad, se advierte que sube del fondo de los siglos en el ademán religioso, el paso resonante y el halo de luz de luna que lo nimba; y dice su prosapia la serpiente de dobles anillos de la roca de Gondomil que resalta en su rodela. Su estro, el aguijón sagrado, es diamantino, y el verso su única forma de expresión. Sobre el yunque y con martillo de cíclope lo labra a golpes rudos, afanoso de que vibre y no se quiebre. Y si utiliza las más extrañas apócopies es porque no quiere romper el ritmo, ni minorar la fuerza del latido, ni pulir la frase, atento a que las estrofas como robustos bloques desprendidos de las ingentes rocas del acantilado, caigan y rueden y reboten sonoras.

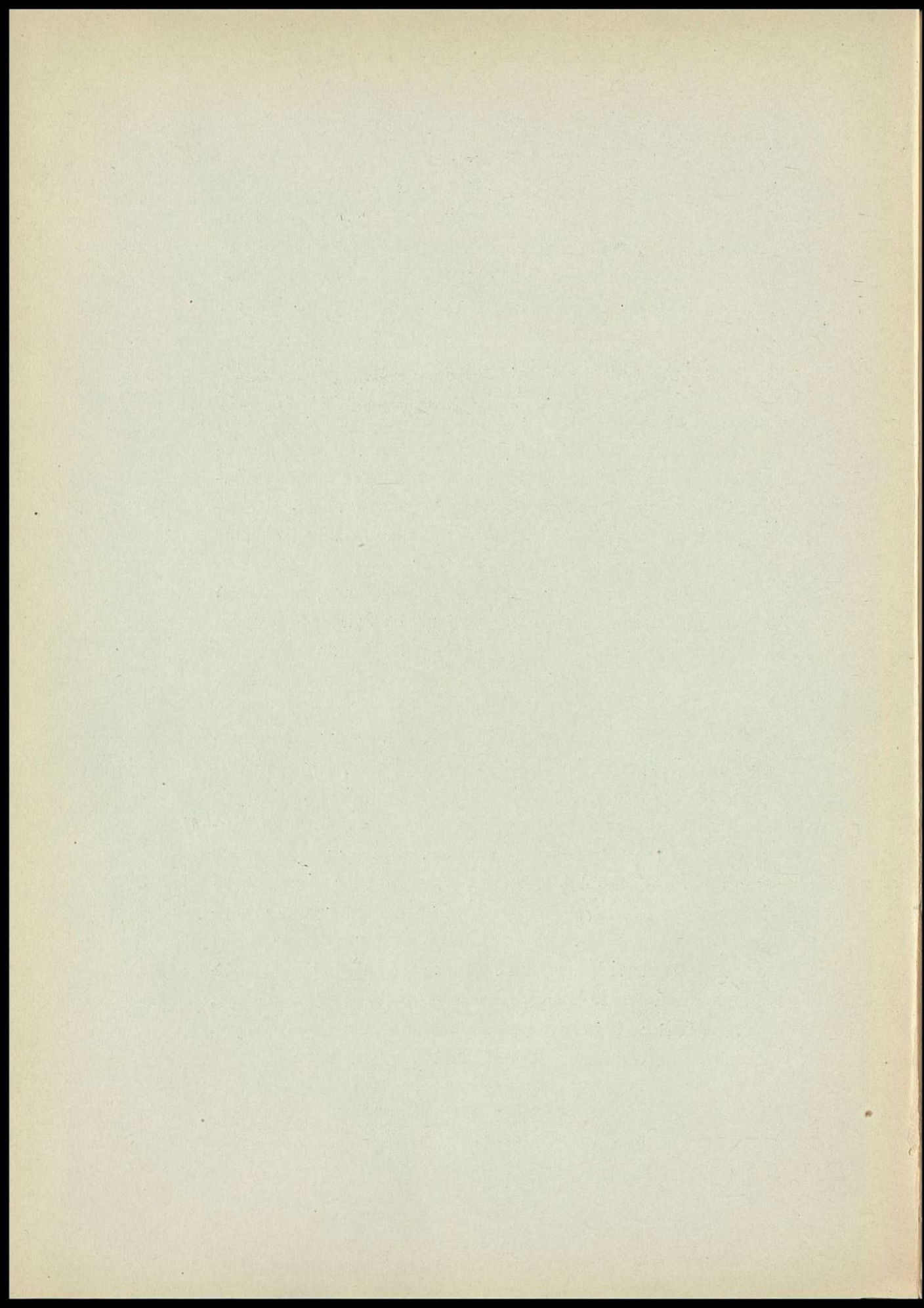
Una sola vez lo vieron mis ojos, al cruzar una céntrica rúa de la ciudad de la Coruña que tanto amaba. Inédito en las letras, llevaba yo en lo íntimo hondas admiraciones por los excelsos cantores de mi tierra; y la color quebrada, la cabeza airosamente erguida, la expresión de la faz envuelta en cierta penumbra común a los temperamentos solitarios, la barba flotante sin estudiado aliño y la estatura prócer del prodigioso aedo, conmovieron mi ánimo y en mi recuerdo viven con claridad inextinguible.

Su nombre no cederá a la muerte. Él dejó escrito que los que llevan henchido el pecho de nobles ideales no caerán en vano ni en olvido opróbioso. Como los pinos de ese mismo

romance al dar en tierra con estruendo, derribados por el hacha, esparcen por el suelo que los sustentó los olorosos piñones y de tal sementera se alzan los descendientes altivos, así su obra.

Llamado a mayor y más dilatada nombradía como poeta, Pondal fué, también, un hombre justo y bueno, fiel a la amistad, sin ambiciones ni otros afanes que los relacionados con el arte, solitario en soledad activa, ajeno a toda lucha de intereses personales, con una gran piedad para los humildes trabajadores de la gleba y merecedor de ser contado el primero entre los que llamó, sustantivando y concediendo altísimo valor a dos nobles adjetivos, «os bos e xenerosos».

Templado en la paz y recogimiento campesinos, floreció en sus propios sueños y vivió íntegro y sin contaminaciones. Su vida ejemplar, como su labor poética, es digna de ser loada a todo honor y gloria, ya que,—y lo diré con palabras del admirable autor de *Los Precursores*, para cerrar con un pensamiento feliz este desmadejado discurso y enlazar en el recuerdo a los que fueron hermanos sobre la tierra—, «...lo que importaba entonces y hoy y gracias al cielo importará siempre es que las almas perseveren puras, que no se cierren al entusiasmo y a la piedad, que las lágrimas de los que sufren los conmuevan y que los felices no vivan ni lejos ni ajenos de los pobres y los desheredados. Lo que importa es que el sentimiento moral se levante, el hombre se ennoblezca por el ejercicio de las virtudes, que el arte realce sus fueros, la justicia sus dominios, la libertad sus derechos, y el altar su Dios, porque cuando los cielos se despueblan la tierra padece y el hombre siente en su corazón el vacío que nada llena.»



CONTESTACIÓN

DEL

ÉXCMO. SR. MARQUÉS DE FIGUEROA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

SEÑORES ACADÉMICOS :

Honran, acreditan, incomparablemente enaltecen nuestra Edad los estudios lingüísticos y filológicos, de que todo saber, con adelanto, con mejora extraordinaria, se prevale y aprovecha. Lo mucho logrado, más promete, y así tanto estimula a proseguir investigadora, reconstructora labor, nada fácil. De muchas cooperaciones necesita; solamente valen, acertadas a coordinar. Disciplina que los selectos, siempre pocos, den y aún impongan a los muchos que les deben seguir, secundándoles. Si pacientes, si perseverantes, si humildes,—la materia lo es y la relación ha de serlo,—hallarán satisfacción, cuando sus esfuerzos indagadores profundicen y logren descubrir raíces de raíces, orígenes que otros orígenes han. ¿Dónde, sino en la naturaleza buscarlos y reconocerlos? ¿De quién, sino de los naturales acompañándose, sirviéndose? Obligado comienzo, indispensable iniciación, para los que seguirán camino pidiendo lenguas. La lengua es camino, y cambia según los que lleva, enseñando a quienes dirige.

Todo transición, en el transcurso del tiempo, yendo de

unas tierras a otras; deteniéndose, comparando, es como de las lenguas se sabe, y por ellas, comparando también, como lo demás va sabiéndose. Conocimiento de la geografía que completa el de la historia; sucesión histórica, continuidad geográfica. ¡Qué no supondrá, qué no mostrará, acertado a rehacer,—hay ya principios, son abundantísimos los datos,—nuestro mapa filológico peninsular! Se ofrecen, naturalmente, al estudio, grupos de lenguas; en éstas grupos de palabras; y pronto la misma observación vulgar, en lo vulgar más externo donde todo semejaba disparidad, halla conformidades. Vienen de muy atrás y de muy lejos; queda a mucha distancia con la coincidencia mayor, el mayor interés. Empobrecedor aislamiento, rebaja y va contra la propia condición de suyo comunicadora. Facilitando las relaciones, al par dificultándolas, ¿cómo no ha de estimarse cada vez más, siempre interesantísimo, el diálogo de las lenguas? ¡Cuánto de lamentar que las peninsulares durante mucho tiempo—triste tiempo!—interrumpieran el trato, que fué íntimo coloquio, verdaderamente familiar!

Puesta aparte, en cabeza, lengua madre de excepción, trato especial pide y obtiene; las romances, diversamente romanceadas, desde luego se recomiendan por mostrar en vivo el proceso de su formación; llenas, así, de enseñanzas reales y de ideales sugerencias. Pronto aprendidas, son fáciles en la recitación, a poco que el oído se acostumbre; la disonancia hirió; cambiada en acorde, deleita. Esto, material, va con lo espiritual; ocasionales, pasajeras discordias, en la vecindad inevitables, animan las familiares pláticas. Lo malo y extremadamente dañoso, son las indiferencias, los retraimien-



tos. ¡Cuánto por evitarlos no ha hecho, y constantemente hace, la Real Academia Española, ahora llamada, con nuevos medios, a poner en la obra empeño mayor, preconizada oficialmente relación interregional que mire por el uso y que salve los usos del bien hablar, sus formas expresivas y bellas! No dejó de extrañar que esto se formulase en lenguaje administrativo, pues generalmente fué refractario a los regionales decires, ahora recomendados a la conservación y a la práctica, al «trato familiar y literario». A un tiempo literaria y familiar, y así desde su origen fiel a éste, la lengua galaica nació exenta de vulgaridad; así creció. Detenido su medro y acogida al seno de la tierra, naturaleza, ocultándola, supo preservar el carácter, confirmar la condición lírica, propia de la intimidad; su destino la comunicación del sentimiento, que siempre reserva más con mucho, de lo que da.

Lengua de excepción, privilegiada, la galaica, otras regiones la tomaron, dándola hegemonía, pregonando sus bellezas. En la hermandad, dotadas las respectivas lenguas de cualidades, se ufanan y convienen propios y extraños, al enaltecer, con Don Alfonso X aquí, con Don Denis en Portugal, la lengua por antonomasia lírica. Ni perdió, postergada, la excelencia; y así, en la lírica coetánea, la galaica vuelve a tener principalidad. ¿Cómo la Academia no había de elegir un poeta, el poeta de Galicia, para su representación? Es el bardo, es el trovador, es el juglar; de todo eso tiene, tan varios rasgos recoge y suma, Ramón Cabanillas.

Para decir de Pondal, ¿quién como él? ¿Y de quién mejor que de Pondal podría él decir? Recordándole y siguiéndole—monografía, en buena parte su discurso—varias veces

interrumpe la relación, así mejorada, para decir con el poeta bergantiñán; y repite palabras, más bien notas, verdaderamente graves, impresionadoras en su no cansada monotonía. Puesto así a tono, ya muy conforme éste al del cantor poeta —bardo de «Brigandsia»—Cabanillas, poeta cantor, acierta cuanto habeis podido notar, al celebrarle, enalteciéndole.

«En el valle de Rouriz, atrayente, está el sepulcro—a cova—de Gundar, fillo de Ouco, fillo de Celt, de Rou fillo.» La ascendencia mítica de Pondal. No es fantasear caprichoso, no divagar; hay el consenso de muchas generaciones. Cierto que no poco se alteraría, pero con verdad, no contradiciendo sospecha que va más allá de la propia intuición, conforme, sin duda, a lo que tuvieron de ser—ningunas entre sí extrañas—las realidades pretéritas. Más que la visión, la audición, completándose ambas, significa, sugiere; trae sentido y lo despierta. Impresiona el ritmo vario, la medida diversa, produciéndose alteraciones fonéticas, desigualdades del timbre y del tono. Notas antes que palabras. En los momentos de intensidad mayor, de emoción lírica extrema, las notas se bastan, las palabras se dejan. ¿Qué no sería para los primeros, al recibir espontáneas, directas, manifestaciones que de suyo naturaleza da, de ella los sonos aprendidos? Enteramente de naturaleza la colectividad, lo informe exterior tanto tiempo confuso, salía de mayores obscuridades, delineándose entre nieblas; sus trazos, la niebla misma. Deja entrever, no quita de oír, antes vale para transportar, para ir propagando los sonos. Carácter que perdurará de la lírica; era sólo música en el principio, y luego, siempre de ella se acompañó. Así el lenguaje en su sintética condición. Nació al sentir la

humana infancia, cantando; cantando, rompen siempre las infancias a decir. Constantemente se buscará para observación y examen, lo que es más de naturaleza. A ella ha siempre de volverse, en cualesquiera tiempos y lugares, para hallar algo genuino, íntimo, esencial de las almas; lo que ha podido llamarse, el alma misma de la colectividad.

Limitadísima, incompleta como ninguna historia, la de la lírica; en lo musical, que originariamente imprimió carácter, su investigación, de alcance cortísimo, se reduce a muy poco; no acertada siquiera a fijar la notación—tan varia—de los textos medievales, objeto de muy distintas interpretaciones: Criterios parciales de las escuelas, en que sobremanera pesan, imponiendo propuestas, hipótesis, las respectivas tradiciones. Así se atribuyó tanto a la Provenza histórica, con exclusivismo que en eso no cabe. Era obligada la rectificación por parte de quienes tienen títulos evidentes, pero claro es que tampoco justificadores de exclusivismos. Sin éstos, entre lo que por mucho cuenta, está el Sur, nuestro Sur peninsular, mereciendo en él preferencia lo que de Oriente recibió. Luz que dió brillo y mostrando tanto, sobre adiestrar los ánimos, movió las imaginaciones; dispuso para percibir cadencias; para tomar ajenos adelantos; los provenzales mismos mejorados en trovas galaico-portuguesas, de perfeccionada metrificacón. Fué mucho lo que vino a mezclarse; conexión de tierras, relación de gentes; entre los peninsulares, hubieron principalidad los que decían en lengua galaico-portuguesa, de adopción para tantos, y dedicada preferentemente a cantar; así se propagaron unas y otras formas con las de dicción, más comunicables todavía las del lenguaje musical.

Tardó éste en cifrarse; variaron grandemente los signos; de todas la más difícil escritura. Los textos de la lírica, sus antecedentes, de mucha obscuridad. Como dice nuestro Director, los otros géneros literarios, por difíciles que a veces aparezcan, están ya bastante investigados; «los de la lírica, no.»

Grandes esclarecimientos, rectificaciones esenciales, se deben al hallazgo «dos *Cancioneiros*». Suerte fué que estuvieran mucho tiempo como perdidos; puestos en realidad a buen recaudo, esperaron hora propicia para su reaparición. Antes, los habría menospreciado y aun condenado la crítica, en su parte original y mejor; oculta, modestamente retraída y como vergonzosa; no buena de hallar y discernir. Así tenía que parecer a los pocos que se fijaran; la generalidad de los recitadores, lectores o examinadores, atentos a cuanto siempre lleva los ojos y gana los oídos; halagos de vanidad y ostentaciones de cortesanía.

Cantando a la provenzal—«en maneira de proençal»— que la galaica modificó, hay perfeccionamientos rítmicos y métricos que valen, sobre todo, por las combinaciones musicales; causa muy principal de difusión. Curiosas muestras,—y galanas,—en que andan entreverados los estilos de corte y de aldea; pero priva la corte, lo peor. Como descuidadamente se ofrece, tal cual vez, feliz rasgo que deja el artificio; y ello hace pensar—reminiscencia que es—en lo muy anterior, con mucho más interesante; en lo primitivo, que no había llegado a ser artificioso. Acertados a leer «os *Cancioneiros*», sus caracteres no fáciles,—enmendados, borrosos; el pergaminado, amarillento,—textos muertos y bien muertos muchos, se da con otros de aclarada dicción. Textos vivos, no difieren,

apenas, de los que recibió el pueblo por tradición oral; cantigas galaicas y portuguesas; Miñotas y Beiranas. Todo ese saber, todo ese reconocer, es recientísimo. Los Códices tardaron en poderse apreciar, señalando—ese fué el verdadero descubrir—lo original, excepcionalmente meritorio; «tesouro que encerra, que gardou, incomparavel, o *Cancioneiro da Vaticana*».

El propio Menéndez Pelayo, antes de examinar por sí, aquilatando, detallando, materia poética tan llena de enseñanzas, escribió que una verdadera lírica popular no había existido nunca en España. «Ni fuera», pudo añadir Menéndez Pidal, refiriéndose al conocimiento que existía, a la que venía siendo opinión general. Los textos de Duarte Núñez y del Marqués de Santillana, incitaban a inquirir. Nada apenas decía lo encontrado; fué menester el seleccionar, que califica, de los mejores. Siempre la crítica futura se referirá, con reconocimiento y loa, a los que guiaron y enseñan; a Menéndez Pelayo y a Menéndez Pidal,—tiempo andando se dirá los Menéndez,—y con sus nombres se citará el de Teófilo Braga, que colecciona, rehace, comenta y merece bien incluso al no acertar; en cabeza poniendo, con los nuestros, a Carolina Michaelis de Vasconcellos, su crítica verdaderamente ejemplar. No es posible hoy negarlo, — escribe Menéndez Pelayo, con palabras como de confesión, en 1892,— «hubo en los siglos XIII y XIV, una poesía, la galaica, de rara belleza e ingenuidad.» Alcanza entonces voga, principalidad esa poesía, hegemonía la lengua.

¿Cuánto, en la transformación, no se perdería, de lo que era esencial, de lo inherente a precedentes formas? Lengua

culta general, en relación con las indígenas, da formas nuevas, apropiadas al sentir popular. Valiosas condiciones del gallego debidas a su constitución, a la eufonía y suavidad—presuasiva eficacia—de las expresiones, que siguieron teniendo modos de canción, cuando ya sólo eran ecos del canto. Seguirían recordándose los Caledonios, los Bretones, los Gaélicos; con los galaicos, responden a tradición común de esas tierras oceánicas, y a condición étnica de sus habitantes. Principal entre ellos Pondal; extraño e incomprensible, nuevo y vetusto; por vetusto, nuevo. Está entre cosas atrasadas, él retardado, sino reaparecido. Pudo decirse en sus días (del siglo pasado la frase) que era el último bardo.

Acogido a la soledad, muy de naturaleza, no menos de sí mismo, era sobre todo de la raza. Tengo bien presente al amigo sincero, corto en razones, en palabras brevísimo, a expansiones nada propenso. Como ensimismado y extático, admirativo, era el apartamiento, en tal independencia, su mayor goce; lo propio, únicamente, de quienes tienen vida interior. Muy suya, muy serenada; se oyó de un querer, pero pronto no se dijo; algunos que sabían, callaron; los demás, ni preguntaban siquiera. Objeto el hombre, en aquel pequeño mundo, de afectuosa veneración, ¿cuánta no había de merecer el secreto del poeta? Siempre y ante todo evocador, llega al fondo de las edades, como a lo íntimo de las almas; secretamente remueve, impulsa el movimiento poético y es de tantos, singularmente de Cabanillas, verdadero precursor.

Animando los elementos, a ellos, a los accidentes de naturaleza, «a la cima como al valle, al castro, al dólmen», asigna la credulidad supersticiosa,—en Pondal poética, soñadora.

también,—sensibilidad, sentimiento, alma. Desigual concepción, no abarca lo real y sin embargo mucho lo excede.

Pondal, tan de otro tiempo, difícil, incomprendido, deja indiferentes a no pocos; cansa la monotonía del acento, pronto dejan de prestarle oído los pagados de accidentes exteriores. A las veces, por excepción, se oyen, o se leen, favorables, autorizados pareceres; poco hace, la hoja literaria del *Times*, (1) colocaba a Pondal en lugar preeminente; ese testimonio británico no puede sorprender. Ni son extraños a nosotros los de allá, ni están distantes unas y otras costas oceánicas, siempre en relación, de intimidad durante el periodo que a Pondal inspira. Acierto grande de Cabanillas, preferir para el examen ese autor, dedicándole loores—louvores—que me corresponde glosar, también especialmente refiriéndome a la Condesa de Pardo Bazán, a su juicio, compendioso pero terminante. Presenta ella el poeta en su verdadera luz; la lunar que incomparablemente le conviene, le cuadra. Así celebrado por los mayores y en los mejores casos,—tal el presente,—la reputación de Pondal aumenta y se distingue la figura del poeta, la sombra más bien, allá en el fondo, en la penumbra. Favoreciéndole la distancia que a otros perjudica, el bergantiñán poeta aparece en vaguedad de niebla

---

(1) *The Times* (Literary Supplement, Thursday November 1—1928) llama a Pondal «great and difficult poet»,—difícil, así, para la comparación — le asigna «after Rosalía» lugar preferente; dijera mejor, lugar aparte. De admirable poeta le califica D. F. Rodríguez Marín al recordarle en nota, apéndice XII de la nueva edición del *Quijote*, refiriéndose al *le* castellano y al *lle* gallego, como dativo del plural. Pondal fué quien puso en verso gallego, el tan hermoso soneto de Rodríguez Marín, *Agua quisiera ser*. A D. Manuel Lugrís, que vivió en la intimidad de Pondal, debo muy interesantes referencias.

o bruma, indistinta, agrandadora. «Pudo haber vivido, dice la Pardo Bazán, el país feniano, entre la gente gaélica, antes de su conversión a la ley de Cristo.» Se ha de añadir que en unas y otras tierras celtas, pronto advendría la creencia nueva, aun subsistiendo no poco de los viejos ritos.

Pondal, como los personajes de su poética, es verdaderamente naturalista; en nada pagano, tampoco contradictor de lo divino. Coincidían la Pardo Bazán y Pondal en Marineda, límite, término, centro, para ambos, de gran predilección esa ciudad, bergantiñana y mariñana; a un tiempo «vella e nova»; su doble carácter muy atractivo y original, de verdadera celebridad y fama, también por la que debe a quien la dió nuevo nombre. Pocas las nombradías verdaderas que consiguen vencer indiferencias y olvidos del tiempo, en él llamadas a crecer. Señalado caso el de la Condesa marinedina, que no obtuvo tanto en vida, se adelantó, fué prematura su muerte, como obtendría después; (1) testimonios constantemente renovados de suma consideración, especialmente obligada la Académica.

Tristeza de las ausencias largas, valía de las conmemoraciones, en tierras celtas muy sentidas; culto primitivo de los muertos, que cristianizado perduró.

Ánimas! grito, clamor de piedad, oído, incesantemente, al pie de los monumentos representativos, en Bretaña como en Galicia. Allí donde bifurcan caminos o veredas, hay retablos, cuadros de ánimas; sobre ellos erguida la cruz. Apego; adhesión al suelo nativo, que es osario; los despojos, man-

---

(1) Véase el artículo 6.º del R. D. 26 Noviembre 1926.



tienen intrincada raigambre, savia que fecunda, que alienta, y da, o sugiere, afanes de expansión; nunca quietas las imaginaciones, ni cuando semejan más sedentarias las vidas. Ejemplos, Pondal, tenido, retenido por la tierra, «pol-o chan», en que «sempre e pra sempre ficou», y Cabanillas, de la tierra poseído, pero más por ella impulsado; y el impulso va al mar, que a su vez llama, que le lleva entre emigrantes ignorados; él también desconocido. Tal fué, y muy otro volvería. En Cuba—muy galiciana—consigue tener de la recordada tierra suya, más clara visión; la siente con viveza, rompe poéticamente a decir su pasión nostálgica. Siempre el más allá;

«tén o esprito alonxado n'un alén de saudade.»

Niñez sin precocidad y mocedad retardada. Mejor fué que así, durante bastantes años, estuviese inédito, ya que, entretanto, adelantaba, por las actividades, en las incertidumbres. No suelen aprovechar los medros pronto, y perjudican, engañan, las falsas asimilaciones. De la escuela pasó Cabanillas al Seminario, donde hizo estancia breve; con todo recogió — mucho más tarde se comprendería — valiosas enseñanzas. Volverán, no olvidadas nunca, ni siquiera en las vicisitudes peores, en el tráfago de los negocios que sirve su pericia mercantil con ventaja ajena, descuidando la propia. Halló enseguida y donde quiera amistades, fué objeto de solicitudes y agasajos, por comunicativo, por ocurrente; así entró en las expansiones — disipaciones nunca — de la amistad, siempre asociado a toda alegre partida, donde abundan las de caza y se hace con lo cobrado alegre fiesta; asi-

duo concurrente él a las abadales, romeiro de tanta romerías, festeiro de tantas festas; «folías» aldeanas, foliadas y regueifas. Esa su formación, allí donde más dicen y mejor sueñan, aprendió, romero, las canciones «de amigo», «vellas e novas cantigas», pronto mejores, entre tantas suyas, las de amorosa competencia, «os paliques». Interrumpe la danza, descanso, para nueva danza preparación, reparo de las fuerzas; y andan de mano en mano, las tazas, «as cuncas», bebiendo, según las estaciones, «o espadeiro», «o albariño», os viños das beiras e das ribeiras, castas d'além e d'aquém. Sobre todos, preferente para Cabanillas y sus conterráneos, o «toleirón viñiño» que más espuma en las cabezas. ¡De cuántas cuncas probó, cuántas experiencias no hubo de tener Cabanillas, para poder decir en rimas a un tiempo selectas y populares:

¡O espadeiro! ¡Asios mouros, cepas tortas,  
follas verdes, douradas e bermellas,  
gala nas terras vivas de Castrelo ;  
nos casteles de Ouviaña e nas areas  
de Tragove e Sisán ; do mar d'Arousa  
e o Umia cristaiño nas ribeiras! (1)

Los poetas gallegos, todos y siempre, muy de la tierra, reflejan la condición de unas y otras comarcas; hay sí unidad; la del macizo galaico-duriense, definida y fuerte; físicamente caracterizada la que, rica y profusa, se afirma en múltiples di-

---

(1) *Da Terra Asoballada*. Editorial «Lar». Coruña. 1927.

versidades. Así estilos y modos de la poética, no pueden diferir más, y sin embargo, ligadas sus partes, convienen, completándose. Ahí está Pondal, predilecto de Cabanillas porque en él aprecia lo que cifra tanto incipiente, que otros desenvolverán; especialmente el propio Cabanillas, con verdadera ostentación, ya plenitud.

Dejada la costa de *Brigantes*, internándose, cruzando, a campo través, la zona montuosa del Tambre—a un lado Xallas—pronto se reciben muy otras impresiones; acompañan el descender a los valles hondos de las Rías Bajas. Mayor impresión recibe, con inesperada revelación, quien circunda el litoral y dobla, costera navegación, sucesivos, muy salientes cabos, tomando la vuelta para entrar en las rías y subir a los ríos, e ir, por ellos, en busca de sus fuentes, dando con las de mejor inspiración! Pronto, efectivamente, se dejan oír voces delgadas; fino timbre, modo suave, acento halagador. «Las mujeres, músicas naturales, inventan los tonos y componen las coplas» (Sarmiento). Toma así Rosalía las populares que repite y cambia; lo que tantas hacen, pero ella con arte excepcional. De naturaleza la inspiración dada a todos; de alguien después el cantar; luego otra vez de todos, porque lo repiten y al repetirlo lo varían; así obra la colectividad verdaderamente creadora, adherida a naturaleza, inspirada en su lirismo feito de vaguidáo nostalgica, de languidez tristonha. Identificação em que tambem participa, é como uma minhota, Carolina de Michaelis, lusitanizada germana, observadora, investigadora, nativamente sentimental, amante «da terra tuda dulcidáo». Feminidad de la lírica que en Rosalía no excluye,—añade Carolina,—«las notas alegres, picarescas y epigramáti-

cas. » Animo predispuesto a la melancolía, lo embarga y trabaja, matiza sus obras; modo de olvido, contento único—para quien simboliza tanto, tierra y raza—el dejarse estar; ni siquiera del todo abandonándose a naturaleza, pues no sigue la corriente del Sar, del río humilde, con deberle tanta preparación; no bastante para vencer su pasividad, para llevarla con las ondas y como ellas salir a mejor destino. Ni siquiera lo es, piensa y dice, el del río, que en proximidad inmediata pierde su ser; desaparecen sus aguas en las del Ulla, y al punto van todas a diluirse en el mar. ¡Visiones lejanas, adioses sentidos, de Rosalía! ¡Padrón! ¡Padrón!...

Después, más dilatados horizontes; vislumbrarlos no es reconocerlos; la intensidad del sentimiento cede a la extensión; perspectivas desmesuradas que, esperanzadoras, van más y más engrandeciéndose; y esos tan dilatados, son los horizontes de Cabanillas. ¿Dónde como en la ría de Arosa, n'Arousa—digamos el nombre propio con la propia vocalización, con la expresión eufónica que corresponde,—habían de asentar y ejercer señorío, reanudando vida, los poetas recordadores, vates que cumplen su destino y lo auguran superior?

Vagando por las orillas del Sar, nunca se ausenta Rosalía del origen, punto de partida y término; vuelve así, a lo tan cerrado, estrecho y obscuro del valle, inmediación de vetusto castro, también Lipuario. Prehistoria e historia; de cuánta gloria centro, de cuántas glorias sepulcro, Compostela!

Descendiendo por la Mahía, no ha de ir más allá del sitio a donde llegue la voz de más eco; la que los aires llevan y los ecos repiten, en muy continuado, seguido ritmo, de sal-

mo penitencial; le acompaña y marca, nota grave que es señal; la da «o sino», la campana grande de la compostelana Iglesia mayor. Entre las composiciones más bellas de Cabanillas, está la que dedicó—1917— a Rosalía Castro:

Cumprindo unha santa oferta,  
romeiro d'unha ilusión,  
fun da Adina ó campesío  
simiterio encantador;  
o dos olivos escuros  
de vella recordazón...

Emparejan, entreveradas, las estrofas; ella dice, él repite y glosa:

A campana das soidades  
pol-os agros espallóu,  
verbas sangrantes d'un salmo  
de agunía e de tremor!

Venían de lejos, apenas ya oídos, en lo más apartado de naturaleza, semi-extintos, apagados sonos; no de fuera, sino interiores eran; lírico movimiento de las almas; lo fondo más fondo, que de todas es; la raza misma, en su tan valiosa pasividad. Hubo de sorprender el reaparecimiento de los países celtas, de sus habitantes, alejados y como proscritos. Los poetas, también músicos, toman de los ecos sus notas y se oyen las de alborada en muchas alboradas repetidas; siempre la misma canción, siempre el mismo acento del terruño

propio; y eso es, ahora y antes, en nuestra poesía lo mejor. Viene tras largo eclipse con mudanza, del habla también, que dificulta. Ya no es completa la identificación de Galicia y Portugal; para éste de superior interés aquel anterior momento de su lengua, de la que adoptó tanta parte de la península con preferencia de todos, a un tiempo popular y cortesana.

No por estar separadas Galicia y Portugal deja de ser una misma su situación, el parentesco cercanísimo; disminuido, en cambio, el trato a que deben volver, aumentándose el influjo que Rosalía logró, que fué póstumo; acrecentándose la relación que trajo coincidencias, entre Guerra Junqueiro y Curros Enríquez; grande, recíproco el influjo que se da, que favorece a Teixeira de Pascoaes y Cabanillas; la sazón ya propia para comprenderse y aún compenetrarse. Importa, sobremanera, al fin común al objeto de que la vida se reconstituya, gane, el que los ejemplos, las enseñanzas mejores, cundan y se generalicen. Eran resistencias, incomprendiones de los altos, impuestas al elemento popular, en su condición indiferente propenso a dejarse estar, tardío, de estímulos y ayudas necesitado. Son todos de un hablar y se aúnan los galai-cos minhotos y los portugueses de la Beira, bien caracterizado grupo que Leite de Vasconcellos (1) señala. Hay, aparte localismos, diferencias de pronunciación; no menores las que existen entre unas y otras interiores comarcas, englobando a todas las que, histórica y geográficamente se definieron, como Galicias Lucense y Bracarense. Incluso a veces se entien-

---

(1) *Lições de Philologia Portuguesa*. Lisboa. Livraria Clasica de A. Teixeira—1911.

den mal; «dificuldade náo de lingoa, da orella». Esto remedia la práctica de quienes, conformes a realidad, se atienen al terreno y van país avante, «a despacio, a modo», así a los modos haciéndose, única manera de ver y de oír. Experiencia propia, memorada mal que bien; fueron muchas las salidas en que dejando tierras de Pondal, tomando por las rutas que él siguió, vine a tierra de Rosalía, después, descendiendo hasta en la de Cabanillas dar, y hacer alto. ¡Qué de impresiones, entre tanto, el ánimo recibe, cuántas en todo! Antes, atrás, sensación fuerte de vocear recio; tono generalmente alto, por los altibajos, desigual, seco y duro. Después, en la ría, ya menos abierta la vocalización, sin destemples, se conciertan y suman, se funden, los sonos de modo natural; armonía que la infunde en el ánimo; tanto se liga por inflexiones de mucha suavidad, gradaciones de suma cadencia. Pierden, desmerecen «além»; llega lo borroso a ser nasal, y todavía valen más que las voces, dadas a los aires, los acentos que los aires dan, tanto lo que envuelve, lo que turba el sentido, musical percepción que otras excluye, que busca lo más interior del alma. Nótase en la parte de las rías, cambio que es muy acusado a su término, la cadencia, rumor; susurro y aún silbo. Así en la península de los Groves, «a dos Grovios», inmediata a Cambados; para el poeta Cabanillas atractiva visión, audición la más impresionante.

Suspense el ánimo en fuerza de tanto sentir, puede decirse que se llega sin sentir a Portugal. Entrar en Portugal, no es salir de Galicia; y a la inversa, no es salir de Portugal, el entrar en Galicia, donde tan a gusto se halla el que recibe grata impresión de lo que vé, no menos de lo que oye; mejo-

rada música muy en consonancia con la disposición del ánimo; y es que volviendo al origen, tanto de lo que halla, más parece se recupera y revive; gusto de lo arcaico, merecimiento que algo guarda de lo primitivo.

Ruidos confusos y confundidores, tantos de la historia no quitan de oír puros acentos, claras resonancias que naturaleza no cesó de repetir. «Yo conozco esa voz», pudo decir Pastor Díaz, el poeta del Landrove, en versos castellanos de inspiración galaica, para recordado, especialmente, ahora que recibimos al poeta del Umia, de muy otras inclinaciones, muy otro vivir. Aquél, sólo por excepción escribió en lengua gallega; vino a ser del centro, donde tuvo toda principalidad, también la Académica. Cabanillas, genuína y profesionalmente galaico, no por eso es de menos amplio carácter. Concepción cósmica, oceánica; la de Camóes, a quien desde tierra ya Camoniana, dedica fervorosa predilección; objeto su poema, asimismo sus estrofas líricas,—portuguesas y castellanas—de lectura constante. También Gil Vicente atrae a Cabanillas; ¿qué lectura más apropiada al recogimiento, allá en lo más umbrío del Salnés? Relaciones campesinas conformes a tradición; reserva del natural a todos extraño,—a Cabanillas no,— cela por completo, su sentir; no dice la canción,— recordemos el marinero del romance,—sino a quien con él va; el labriego, confíase por excepción, a Cabanillas que tiene los mismos modos, las propias verbas.

Hallándose entre portugueses, se acomoda pronto Cabanillas a la pronunciación; no necesita para el aprendizaje, esfuerzo; hay falares portugueses en Galicia, como «ha fallares gallegos, netamente galaicos, en Portugal» (Leite). Y esto de-



bido, provechoso, en manera alguna significa intromisión. Hay contacto, intimidad, convivencia; con eso y sobre todo, tiene Cabanillas intuiciones que sorprenden, formas de formas; las del lenguaje excelsas. Mucho deben al cuidado, al acierto con que se lleva la reconstitución del habla; no tanto por filológicos trabajos,—escasos bien que valiosos,—como por obra y por gracia, de los poetas; clara filiación, abolengo que no desmerece; al contrario, a pesar del prolongado silencio, abundan en el mismo espíritu, se mantienen fieles al genio de la lengua; otra vez la hacen culta, sin que deje de ser popular.

Nota Cabanillas deficiencias de léxico en los primeros poetas; Pondal, como Rosalía, bilingüe; ambos atentos a mera tradición oral; restringidos los usos, sucintas las aplicaciones. Se hablaba mejor que se escribía; ¿qué mucho, si aún ahora, después de tanto cultivo, continúa sin fijarse la grafía?

Bellamente se refiere Cabanillas «a la primera rosa cogida por Pondal en los zarzales de Bergantiños». Se había de espinar. ¿Cuándo no se espinan los que andan a buscar rosas «pol'as silveiras»? Muchas recogiera Cabanillas; algunas hasta muy poco hace, guardadas. En un breviario de amor (1), entre sus hojas, conservó, objeto especial de dilecciones, folliñas de flores tempranas que muy pronto se deshicieron. Le recuerdan «os días lumiosos», en que la vida, «era unha cántiga nos beizos e un feixe, un haz, de rosas na man». ¿Qué más habría en la caja de sándalo, donde el breviario quedó, para que así al abrirse, exhale perfume tan suavemen-

---

(1) *A Rosa de cen follas. Mondariz-Balneario—1927.*

te oloroso? Lo nota, lo recoge, lo ofrece, y sin apenas saber quizá, Cabanillas. Dar más, con mucho, de lo que tiene, es propio del poeta; sin duda, en caso, preguntaría a su contemporáneo, «tamén de Arousa», Valle Inclán; de él no ignorado, seguramente, el pazo, y conocido el rincón; sino éste el camarín; de todos modos la damisela.

¡Los Pazos! no completa ruína, merced a la yedra; sus raíces, si ruinatoras de cuanto luego trepando hasta la altura, sostienen como brazos las ramas. En un rincón de lo que fué huerto—parece camposanto—el viejo ciprés; lo demás, matorral, constantemente florecido; lo es allí toda la tierra no pisada; abundan las mejores naturales rosas; dicen rosas a todas las flores. Esa es la naturaleza espontánea, la que da de sí tanto, que tanto puede ser por el cultivo; lo fué, lo ha vuelto a ser en la moderna poesía. Vista por los poetas, y a través suyo por los demás, es como naturaleza verdaderamente se descubre, como propiamente se revela.

Durante mucho tiempo estuvo, pareció indiferente, Cabanillas. Necesitó emigrar; emigrado adoleció, con mal de ausencia. Lo que en el espíritu más se adentra y es ya el fondo del propio espíritu, no sabido bastante; sólo extremado el sentir, hallará poética expresión, y el darla, el comunicarla, es entonces necesidad. Plenamente la satisface, teniendo en la emigración compañeros que no cesando de oírle, tampoco dejaban de estimularle. Valió por todos, José Fontenla Leal, lealísimo en las amistades. Su padre, un emigrado político; gran escuela la emigración, para los hombres de ideal, como aquellos eran. José tenía tres años cuando llegó a La Habana; su padre le enseñó el habla, de los gallegos allí

practicada siempre; para esa relación, principales, primero Curros, y Cabanillas después. Protector de las letras galaicas, inició y propagó, Fontenla, la suscripción para publicar *Follas Novas*; de él la idea, y también el impulso, que valió para la fundación, en La Coruña, de la Real Academia Gallega; patrocinó a Cabanillas, por él estimulada la publicación de los primeros libros: *No desterro* — 1913— y *Vento mareiro* — 1915—. Grande el éxito, cunde pronto la fama del poeta y no sólo en la península; al francés es traducida «Traxedia das Follas», por Phileas Lebesgue; se traducen al catalán los seis sonetos que titula «Sono dourado». De gran valor representativo esta relación de los poetas hispanos; no otra y mejor aquella del tiempo en que, cada uno era más por sí y todos, conociéndose, tratándose, completándose, se supieron elevar. La primera composición gallega de Cabanillas fué una versión libre de Verdaguer, de su *Preludi*,

«Jo sé una capelleta entre les branques»

Mucho lleva publicado Cabanillas que anda disperso en hojas periódicas y en revistas. La de Orense, *Nós*, dió varias narraciones, romances. No faltan en Galicia, aunque no puede en esto igualarse con Castilla, de más historia, palenque de batallar a que concurren los gallegos, Así extendieron su lengua por el centro y por el sur. De los que luchan en Portugal, muchos allí permanecen, durante las treguas danse a cortesías caballerescas, o a villanescas joglarías.

Es preciso, escribe Almeida Garret, «estudar, con as nosas primitivas fontes—galaicas—as fabulas, e creenças vellas; as legendas, os romances»; están llenos de lirismo, son lais. Ciclo bretón que se relaciona con el carolingio; y en la pro-

pia Galicia, especialmente en Compostela. Al citar una vez más, esa urbe da grandeza, ¿cómo no mentar el romance de Cabanillas, *As pombas do perdón?* Llega a Sant Yago, Gai-feros de Mormaltán, «caballero penitente»; de sus labios salen, «van caindo», los pecados negros, y por obra de la gracia, «pol'o sopro diviño, do peito trocado en limpo cristal, saen, a voar, as brancas pombas do miragre». El gran Gelmírez, acogiéndole, perdona; dice verbas de dozura e paz, augura que, pasados sete séculos,

«seu báculo sostera,  
quen fillo da mesma terra,  
tén de amala como nai».

Mediado el año de 1924, las gentes ven, porque el poeta muestra, señales de que el pronóstico se cumple. Con alborozo general, recibido un nuevo pastor. Pasó solamente Lago; en el tránsito,—eso fué,—iba llamando; eran sus silbos amorosos; mientras, «ceibas de novo, andaban a voar as pombiñas do miragre». Quedó el recuerdo de una esperanza, no enteramente desvanecida; perdura con el recuerdo, aquel augurio; la esperanza es inmortal.

Romances ejemplares—muy propio argumento—los de Doña Urraca, *O Castelo de Lobeira*, e *A noite de Castellar*. Preparan esas lecturas, la del poema *Na noite estrelecida*; retrospectiva visión, incierta; pasado legendario, fondo sin el que la historia queda incompleta, y mal se explica. No otro principio que el legendario, han las mayores y mejores historias. Lontana tierra Armoricana, «mariña do ceo nevoento». Entre tantos, el personaje Brásidas, a quien Brigo dió vida,

de mucha celebridad, na Galiza; los de Erín y Caledonia, «cabaleiros variles, rudos vilegos, rexos escravos»; los séquitos del Rey Artur; «puro e limpo», entre todos, Galaaz, llevado en el soñar,—«diviña espranza, saudoso relembro»,— por los mares;

A barquiña envolveita n-un craror de luar,  
vai avante en silencio, de vagar, de vagar...

Sempre as descubertas!

O Cebreiro, sierra asperísima, presta acogimiento confortador, centro de peregrinaje así sostenido; iluminada, la vía de Compostela. ¿Dónde como allí, para recoger las narraciones populares, en la relación del poeta unidas, ensalzadas, las leyendas del Santo Grial?

Entrecruzándose muchos caminos salen al principal, que sigue hasta Santiago; con este camino francés, también principal el portugués al otro lado. Cuántos andan a cruzar, las sendas que forman intrincada red; romeros que lleva la devoción, a muchos santuarios! En todos, por todos, naturaleza celebrada; supersticiones vencidas—no bien quizá—por la creencia, la acompañan como adorno y trofeo. Hay mucho de primitivo en esa religiosidad, en sus prácticas, en la de ejemplaridad mayor; la medieval concluyó muchas veces desasiéndose de relaciones humanas, para entregarse a naturaleza, buscando el seguro de las privaciones, en la ocultación y el retiro. A Espenuca, o Espelunca; San Xan da Cova; denominaciones expresivas de lugares solitarios, que imponen. Así halló rescate, gran pecador y maycr penitente, el bendito San



Amaro. Nos dan su imagen, con rasgos de pluma, Cabanillas; con trazos del lápiz, Castelao. Cosa bella—abofé—ese álbum de estampas!

Volver de las soledades, dejar el campo en la tranquilidad de la noche, aunque sea «noite estrelecida», es triste para quien, como el poeta, sigue pensando en el labriego. No sencillo y cándido según algunos pudieron suponer; cierta sí la credulidad, pero también natural la desconfianza; una y otra suelen darse a destiempo; quejas, protestas, coplas «de escarnio e mal dicer». Es mucho lo involucrado; así saben recatarse como imponerse, avisadas, engañadoras curias. De lamentar, por cierto, que as «farpas», invectivas de la dicción—sus autores, Ramallo Ortigáo, Curros, Cabanillas—no den a veces en el blanco. Tienen que ser confundidoras, con mucho de irreal, las apariencias; se ofrecen extrañas a los ánimos, obra de misteriosos influjos. Así en *A man de Santiña*, cuadro para el teatro que Cabanillas escribió. Obra muy meritoria de dos ingenios, asociado Antonio Vilar Ponte a Cabanillas, el drama *O Mariscal*, dan argumento, las luchas del siglo XV; encontrados intereses, de territorios en pugna.

Importa sobremanera y siempre, mantener relación que cada vez sea sea más trabada de fuertes parciales vidas, así la general próspera. Principal entre nuestras regiones la galaica, con Portugal una desde los orígenes; formación que fijó el carácter, mostrado en tantas diferentes maneras, superior a todas la lírica; lo que representa, juglar y trovador, Cabanillas; acierto de poeta, su evocación del bardo. Sea bienvenido quien llega así, quien tanto trae, a la Real Academia Española.

